

su monótona canción y un momento después veo surgir el primer ejemplar del periódico a que he dedicado la velada, siento súbitamente renacer las energías físicas, brotar las ideas en el cerebro, rebosar la alegría en mi alma; experimento, en fin, la indescriptible transformación del soldado que cae herido en el campo de batalla, siente escapársele la existencia, levanta los ojos al Infinito, y al ver ondear la bandera de su regimiento nota una oleada de vida en todo su ser; porque si la bandera es el símbolo venerando de la madre y de la patria, la prensa es el símbolo hermoso de la cultura y del progreso. He dicho.

Discurso de contestación, leído por el Director de la Academia don Luís Valenzuela y Castillo, en el mismo acto.

I

Señores: Don Ricardo de Montis y Romero, nos ha regalado esta noche con uno de esos manjares, finos y exquisitos de su especial confección. Ese señor, de grave continente, andar reposado, ademanes rígidos, barba descuidada, muy miope, con tendencias a la obesidad, y algo despreocupado en el vestir, es un escritor de corte elegante, que maneja, con singular maestría, la rica lengua castellana, que observa y recoge, con plausible curiosidad, todo cuanto ofrece interés histórico o de actualidad, pulcro en la dicción, ameno y chispeante en el relato y, con frecuencia, atildado e impecable en el estilo.

Montis nació para el periodismo, esto es indudable; acertó consagrando su pluma a esa agotadora e ingrata labor, tan anónima como, de ordinario, mal recompensada; pero se equivocó, grandemente, en mi sentir, encerrando sus aspiraciones en el estrecho recinto de la prensa local, por que en él no encuentran ambiente las especialidades y don Ricardo Montis, colocado en otro medio más amplio e independiente, tened por seguro que, habría sabido ejercer, en grande escala y con éxito lisonjero, el difícil ministerio de la crítica literaria.

Hablad con Montis, en conversación íntima se entiende, del mérito de nuestros literatos y artistas y oireis de sus labios discretas alabanzas para todos aquellos que revelan disposicio-

nes felices, genio, talento, inspiración, cultura, aunque siempre percibireis, en el fondo de sus juicios, algo así como el sabor de un grano de limón agrio, por ser nuestro crítico de natural descontentadizo y un si no es exigente en literatura; pero cuando Montis está en su elemento, cuando se muestra sin velos ni tafetanes, es si la casualidad le depara una ocasión propicia de fustigar a algún mal escritor o a algún poeta detestable, entonces su palabra tornase cáustica y burlona, quema, diseca cuanto toca y parece como que se goza, cebándose en los ridículos engendros de los que maltratan nuestro bello idioma.

Triste es decirlo, Montis en la prensa cordobesa, no ha podido desplegar, a sus anchas, las facultades nativas, ni cultivar, holgadamente, las aptitudes críticas de que está adornado, por habérselo impedido el fantasma de las conveniencias de localidad; con razón podría decirse que ha sido él más que otro alguno, un forzado de los convencionalismos sociales; desde otra tribuna más alta y menos restringida, ejerciendo de censor probo, pero inflexible y rectilíneo, seguramente que hubiera aplicado el cauterio de la crítica, con mano dura, a esa llaga del *modernismo* que corroe el buen gusto, salvando, como es de justicia, los respetos que merece, todo lo que hay de nuevo y bueno a la vez, en esa secta literaria y crítica; y sobre todo habría, nuestro ilustrado compañero, sostenido las más tenaces campañas por desterrar a tanto plagiarío e indocumentado de la literatura, como perturba, en el día, la pacífica república de las letras.

Y no es que Montis sea un carácter adusto y sombrío; lejos de ser así, distínguese por su trato afable franco y cortés, aunque siempre retraído, lo cual no obsta para que, llegado el caso, se alze sañudo e implacable contra la legión de osados que estropean el habla de Cervantes, o atenta, sin miramientos, a los fueros sagrados del arte, por que esos torpes ingenios, con sus menguadas producciones, vienen a realizar obra antipatriótica, de injustificado descrédito nacional; pero esas bilis del crítico, se evacuan en el seno de la amistad, el publicista las disimula, con todo el dolor de su corazón.

A don Ricardo de Montis hay que clasificarlo entre los buenos escritores llamados de costumbres o festivos; dígallo, si no, su interesante y originalísima obra titulada «*Notas cordobesas*», esa historia, al por menor, de la Córdoba contemporánea, en cuyas páginas se reflejan fielmente, como los objetos en un es-

pejo, hechos, sucesos, actos, usos, tipos atrayentes y simpáticos que pasaron, ofreciéndolos, el autor del libro, a nuestra absorpta consideración, con tintas tan frescas, con colores tan vivos y con sabor de realidad tan puro, que no parece sino que al contemplar los cuadros que traza, con diestra pluma, van desarrollándose, a nuestra presencia, ante nuestra vista, las escenas mismas que el cronista inimitablemente describe.

Completa la personalidad de don Ricardo de Montis, además del periodista aventajado, el poeta distinguido, pero predominando en él la nota satírica. Los acíbares de la vida a que alude, de pasada, en el bello discurso que nos ha leído en este acto, tal vez hayan sido parte a ir depositando en el fondo de su espíritu, un cierto sedimento de excepticismo, de recelo y de desconfianza hacia los hombres, que quizá hubo de predisponer su alma desengañada, al cultivo escabroso de la sátira.

Los grandes maestros de su género poético, Horacio, Juvenal, Quevedo, Góngora, Larra, Lord Byron, todos ellos libaron o creyeron haber libado crueles amarguras en su vida, y sabido es que el infortunio exalta el camino a la vez que aviva, en quien lo sufre, la alta visión de ideales sublimes que sirven de contrapeso a sus desventuras terrenas y forman extraña contraste, con las impurezas de la realidad que contempla. Haber sido víctima de la desgracia o de adversidades inmerecidas y sin embargo ver triunfante la inmoralidad, sueltas las pasiones, encumbrada la ineptitud, agasajada la estulticia, admirado lo feo, lo torpe, lo depravado; si el observador en cuestión, tiene carácter varonil y sabe penetrar, con juicio certero, en la entraña de una sociedad encubridora de esas injusticias y extravagancias, de esos vicios y ridiculeces y además se halla dotado de conciencia honrada, talento claro y abundante vena, vereis como no tarda en lanzar su protesta, en una o en otra forma, colérico o regocijado, ya movido por una oleada de indignación, ya arrastrado por un sentimiento apacible de lástima, surgiendo así la figura redentora, temible, imponente y burlesca a la voz del escritor satírico, que persigue y castiga, ora severo, ora jocos, la corrupción, los desórdenes, las maldades, las miserias de su tiempo.

Don Ricardo de Montis, como prosista es predominantemente crítico y como poeta es, ante todo satírico, ambos caracteres son aspectos, mutuamente, complementarios de una misma inteligencia dotados de facultades perfectamente armónicas y so-

lidarias, tanto que los juicios severos que emite el crítico, los haría suyos, de buen grado, el vate satírico, y las estrofas punzantes, sarcásticas, corrosivas de éste, no las desdeñaría, a buen seguro, el primero; pero Montis, a la vez que crítico y que satírico y quizá, antes que lo uno y que lo otro, es periodista, por irresistible vocación de su alma, y como excelente hijo de la prensa, al venir lleno de merecimientos, por su propio derecho, a ocupar un sitial en esta Academia renombrada, ha querido dedicar, a su madre espiritual un sentido recuerdo de sus castos, casi me atrevería a decir, de sus únicos amores, y para mejor realizar sus nobilísimos deseos ha creído que debía de escoger y ha escogido, para tema de su oración, la sugestiva historia del periodismo en Córdoba, cuya síntesis maravillosa acabamos de oír.

Ese discurso de recepción ha sido una crónica más, sobre las muchas que de cosas cordobesas, ha escrito el señor de Montis, con la particularidad, digna de ser notada, que sus pesimismo inveterados han tenido, esta velada, pasajero eclipse, quizá haya sido esta ocasión, una de las pocas en que, nuestro colega se haya sentido inspirado, mejor aún, subyugado por la musa de la benevolencia, hasta rayar en el complaciente encomio, no ciertamente por la fuerza de un hábito contraído por él en la prensa local, sino por que ni Montis mismo, con ser tan dueño de sí, está exento de la imperiosa ley de las debilidades humanas, y yo tengo para mí, que se debe a una flaqueza filial del periodista, su indulgencia de esta noche; pero señores, ¡es tan hermoso ser débil con los defectos de la madre!

I I

Tiene el periodismo tantos encantos, tanto imán y garabato, hasta las más vulgares medianías siéntense atraídas, como tonuelas mariposas, a su flameante y mortífera luz; yo, sin aptitudes de escritor, soñé con la prensa periódica, en mí ya lejana juventud, porque, eso de contar con un formidable instrumento de publicidad, que dé a conocer las mercancías de nuestro cerebro, en el gran bazar del mundo, es dé lo más tentador que puede solicitar a un corazón de veinte años; pero ¡ay! que la prensa, cual nuevo Saturno, es un monstruo, además de ser un Dios, que devora a la mayor parte de sus candorosos hijos;

solo los hidalgos de la inteligencia, los que atesoran grandes reservas de ingenio, los que posee el don, casi divino, de las felices improvisaciones, los que cuentan con un inagotable filón de ideas y tienen además la rara gracia de la oportunidad y del acierto, se salvan y llegan, tras recio luchar, a ser figuras salientes de esa literatura ligera, fugaz, movida, tornadiza y novelera, que apenas deja rastro, pero llena de atisbos, de presagios, de consejos, de revelaciones, de censuras y de enseñanzas utilísimas. Así se comprende por qué la inmensa mayoría de los aspirantes a periodistas no pasa del noviciado; yo de mí sé decir que me tengo por muy honrado sólo con el hecho de haber sido, en mis juveniles años, un nuevo neófito de esa gloriosa e inolvidable comunidad de periodistas cordobeses, complaciéndome en tributar, en esta solemnidad, un homenaje de admiración a los que viven, y un recuerdo respetuoso a los maestros que pasaron a la inmortalidad, después de haber dejado pedazos luminosos de sus almas, en esas hojas de papel que devora la curiosidad pública y en cuyas columnas encuentran alimento nutritivo todos los espíritus, en términos que, hoy puede afirmarse que el periódico ha venido a sustituir al libro, con relativa ventaja y no poca economía.

Desdichado destino el que ha sido reservado a las producciones de esas diligentísimas abejas de la inteligencia que depositan, diariamente, la miel de su genio en panales que ha de castrear un glotón insaciable que siempre está pidiendo más; la vida de esas páginas chispeantes, donosas, sentidas, patrióticas, apasionadas e intransigentes a la vez, es momentánea, aparecen, se leen y se olvidan casi al mismo tiempo, porque la atención del público es inmediatamente solicitada por otra noticia sensacional, por otro suceso o hecho interesante, por otro invento o descubrimiento portentoso, sin comprender las gentes, que el escritor que les sirvió el plato que, no bien gustado, arrojan con indiferencia, pasó la noche anterior en vela, recibiendo y dando sentido a la información telegráfica, puliendo el artículo literario, devanándose los sesos para revestir de novedad el cuento, investigando antecedentes para tejer la crónica, buscando colores en su paleta con que hacer atractiva la revista; sin embargo, no hay que desesperarse, señores periodistas, vosotros bien podeis encontrar lenitivo a vuestro dolor viendo que tan efímeras como las vuestras, son también las obras del novelista, del poeta, del tratadista. ¿Cuántos millares de volúmenes en

prosa y verso se publican? ¿Cuántos centenares de discursos se pronuncian en el transcurso del año?; imposible contarlos, pero se sabe que solo perdura y goza del favor de los lectores un número escaso de esos libros; los demás, son antes olvidados que nacidos. Se coleccionan las oraciones magistrales de los grandes oradores, se adquieren los libros peregrinos de los literatos consagrados, se representan los dramas sublimes de los autores gloriosos, todo lo demás corre la misma aciaga suerte que el trabajo periodístico de la clase corriente, con la agravante de tener muchos menos lectores que éste; también se han recogido y recopilado, los artículos de relevante mérito, que escribieron un Pacheco, un Donoso Cortés, un Pastor Díaz, un Lorenzana, un Calderón, un Cavia, un Benavente y otros, de donde se sigue, después de bien considerado, que lo mismo en el periódico que en el libro, lo que pasa, lo que se olvida, es lo mediocre, lo adecuado, lo anodino; en cambio lo escogido, lo selecto, lo trascendental, lo bello, lo escultural, eso queda y se consolida en el refinado gusto del buen público; ahora que tanto en una como en otra literatura, lo excelso está en proporción con lo infinitesimal con lo vulgar y pedestre.

Tengo yo por cosa evidente, que lo que ennoblece a la profesión del periodista, es su misión educadora, de carácter eminentemente popular; las clases proletarias, que no cuentan con recursos suficientes que poder destinar a la adquisición de libros, sobrado costosos para ellas, dados sus escasos medios económicos, apenas si disponen de otras fuentes directas de instrucción que el periódico y el teatro. La inteligencia impresionable y naturalmente cándida y poco cultivada de esos hijos del trabajo manual, que por vivir en una esfera social muy apropiada para que el espíritu dormite en brazos de la ignorancia, suele ser, con raras excepciones, materia dispuesta para todos los fines, ya loables, ya nocivos; esa inteligencia siempre sencilla, infantil del pueblo, tiene en la prensa periódica un guía que la encamine a seguro puesto o que la conduzca a regiones peligrosas, donde se extravíe y corrompa; enormísima es la responsabilidad moral que contraen esos apóstoles del periodismo que predicán, desde las columnas de los periódicos militantes, y que como sembradores de ideas, llevan, hasta cierto punto, la *cura de almas* de las multitudes; esos modeladores de la opinión pública, a los que no se pide títulos, ni ejecutorias, ni fiadores, son en la vida de las sociedades modernas, la encar-

nación de un poder verdaderamente diabólico, que no tiene semejantes en lo humano, por ser el único que ejerce acción sobre las intimidades de la conciencia y, hasta la reputación y la honra de las personas, son sus súbditos.

Razón tiene el señor de Montis al afirmar en su discurso, que la prensa es el espejo en que se retrata el estado total de un pueblo, que ciertamente presenta aspectos los más variados, si bien algunas veces, el espejo, en vez de ser de azogado cristal, es de metálico acero, y entonces no refleja fielmente los rayos del sol. Distínguese entre todos, el carácter cordobés por sus naturales inclinaciones a la benevolencia, ¿quereis pruebas de esta mi particular apreciación? pues asistid a los juicios por jurados que celebra nuestro Tribunal popular y vereis como su criterio se inspira, generalmente, en sentimientos de clemencia; el reo que mata por celos, el que roba por hambre, el que viola por pasión, el que se subleva por patriotismo, tened por seguro que en la inmensa mayoría de los casos, obtiene un veredicto de inculpabilidad, porque el juzgador, al dictar sus decisiones, hace para su foro interno, este humanitario razonamiento, «yo, en el caso del acusado, hubiera hecho lo que él», y, es claro, para no gravar su conciencia jurídica, siendo severo con el reo, después de haberse reconocido indulgente consigo mismo, el jurado opta por ser misericordioso, y declara, con toda tranquilidad de espíritu, la inocencia de los que, seguramente, son culpables a los ojos impasibles de la ley.

Ese sentimiento de benevolencia que mueve la voluntad de los jueces del hecho, a favor de los delincuentes, es el mismo que se desliza en el corazón del padre y le impulsa a perdonar al hijo vicioso, y el que invade también la conciencia de la autoridad y le impele a dejar impune al ciudadano perturbador; me direis, que esa indulgencia es, más bien que una cualidad recomendable, una lastimosa debilidad, es cierto, pero acaso, la benevolencia, ¿fué nunca una virtud? Pues bien, nuestra prensa local, que es, como si dijéramos, Córdoba misma discurriendo públicamente, parece natural que participe de los temperamentos benévolos de los cordobeses, y así no ha de ser extraño que desde que apareció, allá a mediados de la última centuria, el más antiguo e importante de sus órganos, el «Diario de Córdoba», que tan acertadamente interpreta el sentir general de la ciudad, esta publicación se deje llevar por una mansa corriente de templanza, de sensatez, de deferencia y de

atenciones laudatorias, para todo el mundo, que la hacen sobre manera simpática, por que, dígase lo que se quiera, en las pequeñas poblaciones no es práctico observar otra conducta periodística. El talento y la habilidad desplegados, desde antiguo, por la Redacción del Diario, ha contribuído a prolongar su vida durante sesenta y cinco años, y a que goce, en la actualidad, apesar de sus respetables canas, de una robustez envidiable; me he referido, particularmente al «Diario de Córdoba», por ser el decano de los de esta localidad y por ocupar un alto puesto en su Redacción, el señor Montis; lo mismo habría que decir y, téngase por dicho, de los demás periódicos de esta ciudad. Separarse de esa línea de conducta sería aquí contraproducente, las publicaciones que han dado la nota injuriosa o que han adoptado una política de violenta o personal oposición, han resultado ensayos de corta y tormentosa vida.

Los periódicos de Córdoba, aunque dentro de los límites que son peculiares y propios a la prensa de provincias, han seguido, de cierta manera la evolución de la prensa en general, pero procurando alternar el noticierismo naciente que todo lo absorbe, con los trabajos sobre asuntos literarios, científicos, artísticos y, dentro de ciertos límites, también políticos; porque hoy, el periódico viene a ser una publicación de carácter enciclopédico que, sin profundizar ninguno, tiende a abarcar los distintos órdenes de conocimientos que despiertan interés, para apacentar espiritualmente y satisfacer los múltiples gustos de la abigarrada grey de sus suscriptores.

La polémica periodística, de altos vuelos, no ha adquirido arraigo entre nosotros; hánse promovido, en la prensa cordobesa, discusiones empeñadas entre escritores de distintas escuelas, pero de corta duración y en cuanto a los naturales antagonismos de empresa, aunque han existido, nunca ofrecieron tonos destemplados, debiendo de pasar por alto ciertas controversias, de triste recordación, que llegaron a extremos, por demás dolorosos y reprochables.

I I I

Este periodismo tan bien equilibrado, respetuoso e indulgente que disfrutamos en Córdoba, está hecho a imagen y semejanza de gerentes y redactores que, por regla general, sintiéronse llevados en esa suave dirección, y al llegar a este punto,

grato me es evocar el recuerdo personal de una de las figuras más preeminentes de nuestra prensa, refiérome a don Ignacio García Lovera, escritor galano, poeta inspirado, dramaturgo aplaudido, orador elocuente, abogado peritísimo y hombre de mundo, de un ingenio, de una amenidad y de un gracejo insuperable; largos años colaboró asiduamente en la redacción del «Diario de Córdoba», donde se publicaron producciones suyas, muy bellas en verso y prosa; el bufete y en particular la política, retrajéronle después del público ejercicio de la pluma, pero siempre prestó atención preferente al diario que había fundado su señor padre, y como periodista ilustre, le diputo yo, entre los que más se hubieron de distinguir en aquella fecunda época.

La prensa política tuvo también esforzados adalides en esta ciudad, al parecer tan indiferentista. Murió prematuramente un joven poeta y letrado, de noble estirpe, talento despejado, abierto de carácter y corazón algo impulsivo que, si los apremios y necesidades de la vida no habieran ejercido invencible coacción moral sobre su espíritu, si su posición social hubiérale permitido independencia de criterio como escritor, otros habrían sido los frutos que dejara de su inteligencia, como periodista y hasta como literato. Obligado con frecuencia a discurrir en la prensa por encargo y a gusto de políticos traviosos, dominados por desesperada ambición, aquella naturaleza débil, enfermiza, sensible, que había nacido para la holgura y el bienestar de que se vió privado, por azares de la suerte, murió en honrada pobreza, después de haber devorado las más crueles amarguras y, por lo mismo, justo ha de ser memorar aquí el caso doloroso de aquel esclarecido periodista cordobés que se llamó don Julio Valdelomar, a quien la mayor parte de los presentes trató, y en quien tuve ocasión de admirar sus excepcionales talentos para las puras recreaciones del espíritu.

Ya hace años que, con su familia, vino a establecerse en Córdoba un adolescente, que estudió la segunda enseñanza, en nuestro renombrado Instituto provincial, hoy general y técnico. Aquel muchacho menudito, dotado de extraordinaria movilidad, con más voz que cuerpo, de mirada distraída y ojos soñadores, había de ser, andando el tiempo, una de las reputaciones mejor cimentadas y más legítimamente adquirida del periodismo español; de sobra sabeis que aludo a Julio Burell; aquí, siendo estudiante del Bachillerato, empezó a hacer prosa y versos y, no pocos días, *la rabona*, preocupándose más de las prosperi-

dades de su «Ramillete», que de las ecuaciones de tercer grado, y, en general, de las asignaturas que apáticamente cursaba. Leía mucho, aunque sin plan, por ser su impetuosa imaginación refractaria a toda disciplina, si bien tenía la buena cualidad de asimilarse cuantas ideas cruzaban por los umbrales de su espléndida inteligencia, y cuando mayores eran sus simpatías y relaciones en Córdoba, un ascenso de su padre llevó a Madrid a nuestro joven comprovinciano, y una vez en la Corte ingresó en la Universidad Central, primero como alumno de la facultad de derecho, y después de la de filosofía y letras; allí cursó leyes y literatura y también amores, unos románticos, otros ecientados; pero aquella imaginación opulenta, no se avenía con el *magister dixit*, y desertó de los estudios reglamentarios, entrando de lleno con sus grandes alientos e ilusiones, en las luchas ardorosas del periodismo.

Aún era estudiante y ya empezó a distinguirse en el antiguo Ateneo de Madrid, y allí, en las inolvidables reuniones de *la cacharrería*, dióse a conocer por su chispa y su listeza; fué por aquel entonces, nombrado Secretario de la Sección de Literatura, que presidía a la sazón, el eximio don Francisco de Paula Canalejas y, como Revilla que, con el ilustre Moreno Nieto, compartía el imperio mental de aquella Casa, hubiera de censurar pública y acremente en cierta sesión, los términos sucintos con que se acostumbraba a redactar las actas; Burell, coaligado con otros ateneistas poco sufridos, formularon un voto de censura contra el temible crítico, y cuando se discutió la proposición, terció briosamente Burell en aquel acalorado debate, único en que Revilla, que era un invencible polemista y dialéctico, tuvo que batirse en retirada, rectificando cumplidamente las apreciaciones molestas que había emitido contra la Mesa.

Después, don Julio Burell consagróse en cuerpo y alma a la prensa y a la política, haciendo una carrera rápida y brillante, pero cuyas últimas jornadas están aún por recorrer; ha sido Ministro y creo yo, que subirá más todavía, por sobrarle condiciones de inteligencia y por tener un perfecto conocimiento, que sabe utilizar con oportunidad, de los secretos de la alta política y de los hombres que actúan en ese escenario tan movedizo. Burell es hoy uno de los diputados de más fecunda inventiva en recursos parlamentarios, pero, él sigue amando al periodismo con amor inextinguible, tanto, que le he oído decir repetidas veces, que el principal motivo de no haber querido

obtener un título universitario, ha sido para no ser en el mundo más que un periodista, y de esa manera debérselo todo a la maga de sus pensamientos, a la prensa periódica.

De otros mucho escritores cordobeses podría ocuparme, pero ¿qué ha de decir el aficionado después de lo que ha dicho el profesional? Sin embargo, imposible omitir aquí el nombre ilustre de Blanco Belmonte, ¿que diré de ese gran poeta y periodista en unas cuartillas?, nada; su personalidad literaria reclama un libro.

I V

Ahora para terminar, permitidme señores, que al dar la bienvenida en vuestro nombre y en mi nombre a don Ricardo de Montis, uno de los ingenios más agudos, intencionados, sagaces y ricos en «Triquiñuelas»... del periodismo cordobés, me haga lenguas de su extremada modestia, ya lo habeis visto, huyendo de aparatosas exhibiciones ha querido que el acto solemne de su recepción pública, se celebre en las calladas intimidades del propio hogar académico; por su gusto, hubiera tenido lugar esta ceremonia en el vacío más absoluto, a ser posible, bajo la campana asfixiante de la máquina neumática. ¿Será Montis un caso de misantropía disimulada? No lo sé, pero presumo que nuestro compañero, es un fugitivo de la sociedad o por lo menos un solitario del destino, que no se adapta bien a las prácticas corrientes de la vida; la notoriedad que tanto seduce a los espíritus frívolos y superficiales, produce en los caracteres enteros una invencible repugnancia, por no gustar de darse a sí mismos en espectáculo; por eso don Ricardo de Montis toma posesión de una plaza de académico numerario, de manera sigilosa y recatada, poniendo sordina en su voz para no ser oído más que de sus compañeros y de sus intimidades. ¡Dichoso él que ha sabido llegar a la madurez de los años sin haber perdido en el camino la virginidad de la verdadera modestia! He dicho.

